



de aristocracia y hambrunas peores que la proletaria.

La tragedia del padre que no tiene cómo darle un vestido a su hija cuando comienza la primavera, ni algunas pieles cuando el otoño deshoja las enramadas; la amargura de la madre que ve desmoronarse el hogar, sin leña en la cocina y sin pan en la alacena.

Ese es el dolor peor. Para él no se tiende el auxilio sino el olvido.



Los que ganan dinero son los menos, en nuestros días.

Las niñas deben trabajar en cualquier cosa: hay que convencerse que la miseria ha llegado.

LA TRAGEDIA DE LAS CIUDADES

La peor miseria no es aquella que nos tiende la mano al pasar, ni aquella que se hiela bajo los puentes en las noches del invierno que llega, buscando inútilmente un lugar de reposo para su carne fatigada. La miseria sórdida, enorme, monstruosa, es la de aquéllos que no pueden salir a las calles en demanda de unas monedas, de los que son «decentes» y tienen que seguir siéndolo. Es la tragedia de la clase media, con altívez

A las grandes fábricas van gentes de todas las categorías sociales en demanda de trabajo.



Desde que el padre quedó cesante y los hermanos también quedaron sin ocupación, todo allí se fué haciendo lúgubre. El piano se apagó para siempre, como la voz en la boca de los muertos; las luces comenzaron a escasear en los patios y las habitaciones, para evitar las cuentas alzadas, que nunca podrán pagarse; las niñas fueron a la cocina y la madre comenzó a hacer tejidos para venderlos entre las amigas de los buenos tiempos; en el escritorio, el padre saca cuentas, una y mil veces, sin que jamás pueda lograr alcanzar la cifra que puede traerle la felicidad.

Este cuadro es el de centenares de hogares en Santiago y en las provincias. Todos lo sabemos; pero nadie se atreve a decirlo a grandes voces. Hay el terror a la miseria declarada, a la bancarrota sin remedio. Y todo aquello se debe, en gran parte, a la forma ficticia en que se vivía, a la ausencia



Son pocos que cuentan con un trabajo seguro. ¡Y qué bello resulta cualquier trabajo cuando hay miseria!



La miseria se oculta en barrios y el dolor está detrás de las puertas.

de realidad con que se educaba a la gente para encarar la vida. Todos nos creíamos ricos, a base de un sueldo y, cuando sonó la hora en que aquel castillo de naipes se desmoronó impulsado por vientos contrarios, el panorama se ensombreció y se rompieron los horizontes. Los sueldos estaban perdidos, los viajes a Europa, los abrigo de pieles y los automóviles espléndidos se escaparon como visiones de dulce sueño y un rosario de lentas calamidades pareció venirnos al encuentro y, desde todas las horas, un fantasma parecía escaparse, dispuesto a rompernos el corazón...

La reconstrucción será larga. Y, cuando la miseria está en casa, los dolores se agudizan, las necesidades se hacen tenaces e invencibles. Esa pobreza de los que tienen que seguir «no siendo pobres», es la peor de la tierra, la que no admite consuelos y la que no los recibe tampoco. Pero ha llegado la hora de la verdad amar-

(Continúa 8 páginas más adelante).